
La paradoja de la tolerancia infinita

Alicia González Romero

Maestra en Matemática Educativa. Profesora del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Guadalajara.

alicia.gromero@academicos.udg.mx

Hace unos días tuve la oportunidad de hablar sobre los argumentos para fomentar el uso de las tecnologías con análisis de datos en la investigación científica.

El tema me llamó la atención porque, en esta época, en que la veracidad es cuestionada por la sobreinformación existente, encuentro un enorme beneficio al explicar y comprobar, con el uso de programas informáticos, algunos algoritmos relacionados con datos cuantitativos, como matemáticas y estadística.

Otro de los beneficios observados es el plus inmediato, ya que actualmente, la inmediatez causada por el uso de las tecnologías, es un privilegio que se paga. Tal es el caso del cobro extraordinario que hacen algunas empresas por el servicio de un café sin bajar del coche.

Cuando generé el nombre de la presentación, sólo pensé en cómo el *software* y el *hardware* de las computadoras, podrían ser de utilidad para el aprendizaje de las matemáticas y en la investigación científica. Mi sorpresa fue cuando descubrí que, en realidad, al hablar de computadoras, también estaría incluyendo a los *smartphones*, pues de alguna manera, estos instrumentos portátiles, tienen todos o más beneficios que una computadora. Podríamos decir, que, entre las diferencias que se observan, en esas máquinas, se encuentran: el ser portátil, el tomar fotos y permitir la constante comunicación entre los individuos, a tal grado, que cuando no se cuenta con ellos, la incomunicación, aunada a la desesperación, impera.

Para mi sorpresa, algunos medios de comunicación han publicado noticias como la presentada en el *periódico Mural*, el 12 de junio del 2023. La noticia decía así:

“El gran debate, sobre “prohibir” el uso del móvil, a los chavales, se extiende a todo el mundo”.

El argumento que más me inquietó, fue el siguiente:

“Los nuevos nativos digitales son la primera generación de la Historia con menos coeficiente intelectual que sus padres”.

A partir de ese razonamiento, me surgió la inquietud de investigar qué es lo que los celulares y las nuevas tecnologías estaban causando en nuestras conductas, para que en algún momento se decidiera prohibir su uso dentro de las aulas.

Lo paradójico, en este caso, consistiría en que “las nuevas tecnologías”, como el *Smartphone*, como herramienta tecnológica, podría entorpecer el desarrollo intelectual de los individuos. Justamente ahora, en que los premios nobeles fueron adquiridos gracias a que, la investigación científica, ha estado sustentada en la tecnología.

En esta época, en la que los paradigmas imperan, la normatividad ha quedado de lado. Numerosas veces me he preguntado cómo podría enriquecer la comunicación asertiva con los estudiantes, sin llegar a lastimar sus sentimientos.

Con respecto a mi inquietud. En días pasados, me tocó trabajar con los estudiantes de Matemáticas I, el tema de productos notables, para resolver problemas relacionados con ingresos y costos marginales. Cuando estaba explicando el procedimiento, me llamó la atención una estudiante, que resolvía sus ejercicios, sin que yo terminara de explicarlos. Cualquiera podría entender que ya dominaba el tema. Eso no es de estañar en el aula, ya que algunos buenos estudiantes lo hacen. Sin embargo, como sospeché que estaba utilizando un software matemático, me acerqué a ella, y le pedí que explicara su procedimiento en el pizarrón. Para fomentar la participación, acostumbro a pedir que pasen al pizarrón a resolver los ejercicios.

Cuando estaba al frente, le solicité que les compartiera la metodología seguida a sus compañeros y no tuvo ninguna objeción. Y como respuesta a tal solicitud, tomó su cuaderno y se dedicó a copiar su

contenido en la pizarra. Como se trataba de explicarlo y no sólo de copiarlo, le pedí que no siguiera haciéndolo. Sin embargo, para sorpresa mía, terminó sin voltear siquiera a verme. Fue hasta el final de la transcripción, que se retiró los audífonos y me dijo que le estresa pasar al frente y que, de esa forma, podía evitar su sufrimiento, de alguna manera, ella tenía razón al elegir ese método. En ningún momento prohibí que lo hiciera. Tampoco hablé de los programas. Pero cuando le pedí que lo resolviera sin cuaderno, sin celular y sin audífonos, ella me preguntó por qué y en ese momento le dije, porque soy la maestra, no sin antes explicar a todos mi preocupación por el uso de los programas.

Fue tanta su molestia que se retiró. Al salir del aula, la jovencita, los compañeros quedaron en silencio. Todos con sus ojos expresaban su extrañeza ante tal conducta.

Me quedé reflexionando para determinar de qué manera podría comunicarme con los estudiantes sin herir sus sentimientos. Después de todo había recurrido a la falacia de autoridad, para argumentar la razón.

Lo interesante fue que, gracias a la comunicación por el celular, y el apoyo de sus compañeros, la estudiante regresó sin decir palabra.

Si bien, las dudas generadas por el uso del *smartphone* y el uso de las tecnologías en la enseñanza y la investigación científica no fueron resueltas. Esa estudiante, con su conducta terminó por aclarar algunas de mis dudas, relacionadas con la comunicación.

Lo importante es que los profesores y el mundo entero necesitamos establecer hacia dónde vamos, qué queremos, cómo lo lograremos y qué no está permitido en el proceso.

No sólo se trata de imponer nuestra voluntad, sino que, en la medida de lo posible, apoyados en la investigación científica, podemos establecer las reglas, para que los profesores junto con los jóvenes construyamos un mundo sustentable en orquesta con los recursos tecnológicos y no siguiendo el estigma antagónico que los acomete.

Después de todo. Poner límites cuesta. Y si tú no lo haces, alguien lo hará por ti.